Notas de Elena G. de White

Lección 13
24 de Diciembre de 2011

El evangelio y la iglesia

Sábado 17 de diciembre

Si Cristo es en nosotros "la esperanza de gloria", no nos sentiremos inclinados a observar a los demás para revelar sus errores. En vez de procurar acusarlos y condenarlos, nuestro objeto será ayudarlos, beneficiarlos y salvarlos. Al tratar con los que están en error, observaremos el mandato: "Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado". Nos acordaremos de las muchas veces que erramos y de cuán difícil era hallar el camino recto después de haberlo abandonado. No empujaremos a nuestro hermano a una oscuridad más densa, sino que con el corazón lleno de compasión le mostraremos el peligro.

El que mire a menudo la cruz del Calvario, acordándose de que sus pecados llevaron al Salvador allí, no tratará de determinar el grado de culpabilidad en comparación con el de los demás. No se constituirá en juez para acusar a otros. No puede haber espíritu de crítica ni de exaltación en los que andan a la sombra de la cruz del Calvario.

Mientras no nos sintamos en condiciones de sacrificar nuestro orgullo, y aun de dar la vida para salvar a un hermano desviado, no habremos echado la viga de nuestro propio ojo ni estaremos preparados para ayudar a nuestro hermano. Pero cuando lo hayamos hecho, podremos acercamos a él y conmover su corazón. La censura y el oprobio no rescataron jamás a nadie de una posición errónea; pero ahuyentaron de Cristo a muchos y los indujeron a cerrar sus corazones para no dejarse convencer. Un espíritu bondadoso y un trato

benigno y persuasivo pueden salvar a los perdidos y cubrir multitud de pecados. La revelación de Cristo en nuestro propio carácter tendrá un poder transformador sobre aquellos con quienes nos relacionemos (***El discurso maestro de Jesucristo*, p. 109**).

Domingo 18 de diciembre:
Restaurar a los caídos

"Hermanos, si alguno fuere tomado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, porque tú no seas también tentado" (Gálatas 6:1).

Este versículo nos da una instrucción especial para tratar tiernamente con aquellos que son tomados en falta. "Tomado" debe recibir todo su significado... Ser inducido a pecar inadvertidamente —sin intentar pecar, sino pecar por falta de vigilancia y oración, sin discernir la tentación de Satanás, cayendo así en la trampa— es muy diferente que si uno planea el pecado y entra deliberadamente en la tentación y prepara una conducta de pecado...

Se necesitan las medidas más efectivas para enfrentar el pecado premeditado; pero el apóstol da las instrucciones que deben darse a aquellos que son tomados o sorprendidos o vencidos por la tentación... Restáuralos en humildad, "considerándote a ti mismo, porque tú no seas también tentado". Para hacerles ver su peligro y pecado se necesitarán fe y reproche, y un consejo bondadoso y súplicas a Dios. La palabra original es "puesto en articulación" como un hueso dislocado; por lo tanto debieran realizarse esfuerzos para ponerlo en articulación y hacerlos entrar en razón, convenciéndolos de su pecado y error... Nadie debiera jactarse por la caída de un hermano. Sino que con mansedumbre, en el temor de Dios, en amor por su alma, se debería procurar salvarlo del pecado (***Nuestra elevada vocación*, p. 179**).

Dios desea que nos ayudemos mutuamente mediante la manifestación de simpatía y amor sin egoísmo. Hay quienes han heredado rasgos, temperamentos y disposiciones anímicas peculiares. Puede resultar difícil tratar con ellos; ¿pero estamos nosotros sin falta? No hay que desanimarlos. Sus errores no deben ser convertidos en pro-

piedad de todos. Cristo se compadece y ayuda a los que yerran en el juicio. Él sufrió la muerte por cada ser humano, y debido a esto manifiesta un interés conmovedor y profundo en cada uno.

Una persona puede estar tratando de servir a Dios, pero puede ser que se vea asaltada por tentaciones internas y externas. Satanás y sus ángeles lo instan y tientan para que cometa transgresiones. Tal vez caiga presa de sus tentaciones. ¿Cómo lo tratan sus hermanos? ¿Le hablan con aspereza y descomedimiento alejándolo así más aun del Salvador? ¡Qué espectáculo triste para ser presenciado por Cristo y sus ángeles!

Recordemos que estamos luchando y cayendo, fallando en palabra y acción en representar a Cristo, fallando en levantamos nuevamente, desalentándonos y esperando. Cuidemos de no actuar duramente hacia quienes, lo mismo que nosotros, son objeto de tentación y que, como nosotros, son el objeto del amor infalible de Cristo (***Testimonios para la iglesia*, tomo 9, p. 177, 178**).

He visto el gran sacrificio que Jesús hizo para redimir a los seres humanos. No consideró su vida demasiado valiosa para sacrificarla. Jesús dijo: "Que os améis unos a otros, como yo os he amado" (Juan 15:12). Cuando un hermano peca, ¿siente usted que podría dar su vida para salvarlo? Si siente en esa forma, puede aproximarse a él y ejercer influencia en su corazón; usted es justamente la persona que puede hablar con ese hermano. Pero resulta lamentable que muchos que profesan ser hermanos, no están dispuestos a sacrificar ninguna de sus opiniones, ni su juicio, para salvar al hermano. Hay muy poco amor mutuo. Se manifiesta un espíritu de egoísmo (***Testimonios para la iglesia*, tomo 1, p. 155**).

Lunes 19 de diciembre:
Cuidado con la tentación

Pero entre nosotros como pueblo hace falta una simpatía profunda y ferviente, que conmueva el alma, y necesitamos tener amor por los tentados y los que yerran. Muchos han manifestado gran frialdad y la negligencia pecaminosa que Cristo representó por el hombre que se pasó de un lado; se han mantenido tan alejados como podían de aquellos que necesitan ayuda. El alma recién convertida tiene con

frecuencia fieros conflictos con costumbres arraigadas, o con alguna forma especial de tentación, y, siendo vencida por alguna pasión o tendencia dominante, comete a veces alguna indiscreción o un mal verdadero. Entonces es cuando se requieren energía, tacto y sabiduría de parte de sus hermanos, a fin de que pueda serle devuelta la salud espiritual. A tales casos se aplican las instrucciones de la Palabra de Dios: "Hermanos, si alguno fuere tomado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, porque tú no seas también tentado". "Así que, los que somos más firmes debemos sobrellevar las flaquezas de los flacos, y no agradarnos a nosotros mismos" (Gálatas 6:1; Romanos 15:1).

¡Pero cuán poca de la compasiva ternura de Cristo manifiestan los que profesan seguirle! Cuando uno yerra, con frecuencia los otros se sienten con libertad para hacer aparecer el caso tan malo como sea posible. Los que son tal vez culpables de pecados tan grandes en otra dirección tratan a su hermano con severidad cruel. Los errores cometidos por ignorancia, irreflexión o debilidad, son exagerados hasta presentarse como pecados voluntarios y premeditados. Al ver a las almas extraviarse, algunos cruzan las manos y dicen: "Ya le dije. Sabía que no se podía fiar en ellas". Así adoptan la actitud de Satanás, regocijándose en espíritu de que sus malas sospechas resultaron correctas (***Joyas de los testimonios*, tomo 2, pp. 247, 248**).

La muerte espiritual del alma se manifiesta por orgullo espiritual y una vida de invalidez. Los que llevan una vida tal rara vez trazan caminos derechos para sus pies. Si se fomenta el orgullo, se llegan a contaminar precisamente las cualidades de la mente que la gracia, si se hubiera recibido, habría convertido en una bendición. Las mismas victorias que hubieran sido sabor de vida para vida si la gloria hubiese sido dada a Dios, se empañan con la gloria propia. Estas cosas pueden parecer pequeñas, indignas de ser tomadas en cuenta, pero la semilla así esparcida trae una segura cosecha. Estos pequeños pecados, tan comunes que a menudo pasan sin ser notados, son los que Satanás usa en su servicio (***Comentario bíblico adventista*, tomo 6, p. 1080**).

Nuestro Redentor comprendió perfectamente las necesidades de la humanidad. El, que condescendió a tomar la naturaleza humana, conocía las flaquezas del hombre. Cristo vivió como nuestro ejemplo.

Fue tentado en todo como nosotros lo somos, para saber cómo socorrer a los que fueran tentados. Recorrió el camino de la vida delante de nosotros, y soportó las pruebas más severas para nuestro bien. Fue un varón de dolores, experimentado en quebrantos...

Cristo tomó sobre sí nuestras flaquezas, y con la debilidad de la humanidad, necesitó buscar ayuda de su Padre. A menudo se lo encontraba en ferviente oración, en el huerto, junto al lago y en los montes. Nos ha ordenado velar y orar... Sin un profundo sentido de nuestra necesidad de ayuda de Dios, habrá tan solo muy poca oración ferviente y sincera en demanda de ayuda. Nuestro corazón es engañoso, nuestros enemigos son muchos, y están alerta. Si descuidamos de fortalecer un solo punto débil de nuestro carácter, Satanás nos asaltará en ese punto con sus tentaciones. Está tramando constantemente la ruina del alma, y se aprovechará en cada detalle de nuestro descuido (***A fin de conocerle*, p. 242**).

Martes 20 de diciembre:
Sobrellevar cargas (Gálatas 6:2-5)

"Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?" (Santiago 2:15, 16).

Todo descuido de los necesitados y afligidos es un descuido del deber hacia Cristo en la persona de sus santos. Cuando Dios repase el caso de cada uno, no se formulará la pregunta: ¿Qué creían? sino: ¿Qué han hecho? ¿Han sido obradores de la palabra? ¿Han vivido para sí mismos? ¿O bien realizaron obras de benevolencia, de bondad y amor, prefiriendo a los otros antes que a sí mismos, y negándose a sí mismos para ayudar a los demás? Si las anotaciones muestran que ésta ha sido su vida, que sus caracteres están señalados por la ternura, la abnegación y la benevolencia, recibirán esta bendición de Cristo: "Bien hecho". "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mateo 25:23,34)...

Nuestra fortaleza y bendición espirituales estarán en proporción con el trabajo hecho con amor y con las buenas obras realizadas. El após-

tol ordena: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo" (Gálatas 6:2). El cumplimiento de los mandamientos de Dios requiere de nosotros buenas obras, abnegación, sacrificio y dedicación al bienestar de los demás; pero esto no significa que solamente nuestras buenas obras nos salvarán, sino que ciertamente no podremos salvamos sin buenas obras. Después de hacer todo lo que somos capaces de hacer, debemos decir: Únicamente hemos cumplido nuestro deber, y en el mejor de los casos somos siervos inútiles, indignos del favor más pequeño de Dios. Cristo debe ser nuestra justicia, y la corona de nuestro gozo...

La simpatía y el tierno interés por otros proporcionarán a nuestra alma bendiciones que no hemos experimentado, y nos pondrán en estrecha relación con nuestro Redentor (***A fin de conocerle,*** **p. 336**).

Dios ha ordenado las cosas de tal manera que ninguna persona es absolutamente independiente de sus prójimos; ha vinculado a los miembros de la familia humana por lazos de dependencia recíproca. Y si bien es cierto que cada uno tiene cargas que llevar, no debe olvidarse de las palabras: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo" (Gálatas 6:2).

Al tratar con los demás debemos ejercitar constantemente el principio de paciencia y ayuda mutuas. Debemos tratar a los que nos rodean con simpatía, cortesía y consideración. Los pobres deben ser auxiliados, los enfermos visitados, los tristes consolados, los desanimados e inexperientes aconsejados. La mano que ayuda, a su vez será ayudada.

El espíritu ayudador debe ser cultivado en nuestro corazón y mantenerse activo y enérgico, buscando oportunidades de ayudar dondequiera que sea necesario (***Signs of the Times,*** **11 de mayo, 1904**).

Miércoles 21 de diciembre:
La ley de Cristo (Gálatas 6:2-5)

Dios quiere que lo dejéis que os dirija, para que seáis cristianos agradables. El Señor podará los hábitos de carácter naturales y hereda-

dos. Contemplad intensamente a Jesús para que captéis su espíritu y adquiráis las cualidades del carácter de Cristo. Entonces los que os rodean reconocerán que habéis aprendido de Cristo su humildad, su afecto, su ternura y su simpatía. No descanséis satisfechos hasta que poseáis un espíritu amante y agradable. Vuestras palabras pueden proceder del buen tesoro del corazón, para fortalecer, ayudar, bendecir y ganar a los que os rodean... Otros captan vuestro espíritu. Las semillas que sembramos llevarán una cosecha de bondad, paciencia, benevolencia y amor, o bien exactamente lo opuesto...

Muchísimos, necesitan ablandarse. Sed firmes en vuestros principios, fieles a Dios, pero no manifestéis rasgos de carácter duros y faltos de cordialidad. Dios no quiere que incurráis en el desprecio de los demás al manifestar una disposición dura como una bola de masilla, pero quiere que seáis firmes como la roca en vuestros principios, teniendo sin embargo una saludable suavidad. Estad como el Maestro llenos de gracia y verdad. Jesús era incorruptible, sin contaminación. Sin embargo, en su vida se mezclaban la suavidad, la humildad, la benignidad, la simpatía y el amor. Los más pobres no temían aproximarse a él; no temían ser rechazados. Cada cristiano debería esforzarse por ser lo que era Cristo. El es nuestro modelo en simpatía y santidad de carácter...

Todos deberíamos aprender de Cristo lo que significa ser cristiano. Aprendamos de él cómo combinar la firmeza, la justicia, la pureza y la integridad con la cortesía abnegada y la bondadosa simpatía. Así el carácter se torna amante y atractivo. La hermosura de la santidad desarmará a los burladores (***A fin de conocerle*, p. 220**).

Cuando seguís vuestra propia dureza de carácter y manifestáis un espíritu rudo e insensible, estáis repeliendo a los mismos que debierais ganar. Vuestra dureza destruye su amor por la congregación, y con demasiada frecuencia termina por ahuyentarlos de la verdad. Debierais daros cuenta de que vosotros mismos estáis bajo la reprensión de Dios. Mientras condenáis a otros, el Señor os condena a vosotros, Debéis confesar vuestra conducta anticristiana. Obre el Señor en el corazón de cada miembro de la iglesia, hasta que su gracia transformadora se revele en la vida y el carácter. Entonces, cuando os congreguéis, no será para criticaros unos a otros, sino para hablar de Jesús y su amor (***Joyas de los testimonios*, tomo 2, pp. 251, 252**).

Jueves 22 de diciembre:
Sembrar y cosechar (Gálatas 6:6-10)

Dios no destruye a ningún hombre. Todo hombre que sea destruido se habrá destruido a sí mismo. Todo el que ahogue las amonestaciones de la conciencia está sembrando las semillas de la incredulidad, y éstas producirán una segura cosecha. Al rechazar la primera amonestación de Dios, el faraón de la antigüedad sembró las semillas de la obstinación, y cosechó obstinación. Dios no lo forzó a la incredulidad. La semilla de la incredulidad que él sembró, produjo una cosecha según su especie. De aquí que continuara su resistencia, hasta que vio a su país devastado y contempló el cuerpo frío de su primogénito y los primogénitos de todos los que estaban en su casa y de todas las familias de su reino, hasta que las aguas cubrieron sus caballos, sus carros y sus guerreros. Su historia es una tremenda ilustración de la verdad de las palabras de que "todo lo que el hombre sembrare, eso también segará". Si los hombres comprendieran esto, tendrían cuidado de la semilla que siembran.

Puesto que la semilla sembrada produce una cosecha, y ésta a su vez es sembrada, la cosecha se multiplica. Esta ley se cumple en nuestra relación con otros. Cada acto, cada palabra, es una semilla que llevará fruto. Cada acto de bondad bien pensado, de obediencia o de abnegación, se reproducirá en otros, y por medio de ellos, todavía en otros, así como cada acto de envidia, malicia o disensión es una semilla que brotará en "raíz de amargura", con la cual muchos serán contaminados. ¡Y cuánto mayor será el número de los envenenados por los "muchos"! Así prosigue la siembra del bien y del mal para el tiempo y la eternidad.

La liberalidad, tanto en lo espiritual como en las cosas temporales, se enseña en la lección de la semilla sembrada. El Señor dice: "Dichosos vosotros los que sembráis sobre todas aguas". "Esto empero digo: El que siembra escasamente también segará escasamente; y el que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará". El sembrar sobre todas las aguas significa impartir continuamente los dones de Dios. Significa dar dondequiera que la causa de Dios o las necesidades de la humanidad demanden nuestra ayuda. Esto no ocasionará la pobreza. "El que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará". El sembrador multiplica su semilla esparciéndola. Tal ocurre con aquellos que son fieles en la distribución de los dones de Dios.

Impartiendo sus bendiciones, éstas aumentan. Dios les ha prometido una cantidad suficiente a fin de que puedan continuar dando. "Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida, y rebosando darán en vuestro seno".

Y abarca más que esto la siembra y la cosecha. Cuando distribuimos las bendiciones temporales de Dios, la evidencia de nuestro amor y simpatía despierta en el que las recibe la gratitud y el agradecimiento a Dios. Se prepara el terreno del corazón para recibir las semillas de verdad espiritual. Y el que proporciona la semilla al sembrador hará que éstas germinen y lleven fruto para vida eterna (***Palabras de vida del Gran Maestro*, pp. 62-64**).

Ahora mismo están sembrando semilla en el gran campo de la vida, y lo que ahora siembran, un día segarán. Cada pensamiento de su mente, cada emoción de su alma, cada palabra de su lengua, cada acto que realizan, es semilla que dará fruto para bien o para mal. El tiempo de la cosecha no está muy lejano. Todas nuestras obras están pasando revista delante de Dios. Todas nuestras acciones y los motivos que las impulsaron deben abrirse a la inspección de los ángeles y de Dios (***Testimonios para la iglesia*, tomo 4, p. 66**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática